

# Educación, globalización y crisis cultural

Jorge Casaretto \*

Ante los mandatos de éxito, competitividad y eficiencia, es necesario educar en valores, transmitir un humanismo que, entre otros aspectos, defienda la cultura de los pueblos y muestre a los jóvenes que hay futuro.

## ¿Qué valores?

Leía hace poco en el libro de Robert Reich, *El trabajo de las naciones*, que en el ámbito laboral tienden a persistir tres sectores: los trabajadores que realizan tareas rutinarias (obreros, la mayor parte de los oficinistas, etc.); los trabajadores que realizan servicios personales (maestros, mozos, mucamas, secretarias, etc.) y un tercer sector formado por los analistas simbólicos.

Este último es el sector que más posibilidades tiene y para el que se requiere mayor formación. Incluye a los expertos de intermediación estratégica, identificación y resolución de problemas. En este grupo están los investigadores; ingenieros proyectistas, de sistemas, civiles, de sonido; ejecutivos de relaciones públicas (rrpp), banqueros de inversión, abogados, planificadores de bienes raíces, financistas, publicistas, etcétera.

El mercado laboral, la sociedad, las necesidades del presente o como queramos llamarlo requieren personas que tengan habilidades para resolver los problemas que plantea producir bienes únicos (del tipo que sean). Personas con las habilidades necesarias para ayudar a los consumidores a entender sus necesidades y cómo las mismas pueden ser mejor satisfechas por los productos especialmente adaptados. Personas con las habilidades necesarias para vincular la tarea de los encargados de identificar las oportunidades y los responsables de resolver los problemas.

Para llegar a contar socialmente con personas que tengan o desarrollen suficientemente dichas habilidades es necesario formarlas, brindarles una educación apropiada. Paralelamente, hace algunas décadas se ha constatado en la Argentina y en otros lugares del mundo que el estilo de educación que se brindaba en las escuelas no capacitaba –o no capacita– para una adecuada inserción laboral.

Los analistas educativos coinciden en afirmar que nuestras escuelas nos llenaban de información pero no nos enseñaban a pensar, tarea necesaria en todas las épocas y aún más en la actualidad en la que los mejores empleos consisten en identificar y resolver problemas. Debido al enciclopedismo inútil de la etapa precedente, las necesidades actuales del mercado y algunos otros factores que sería largo exponer aquí, hoy se requieren conocimientos útiles, que sirvan para la vida, que nos inserten eficientemente en el mercado laboral. Todo esto es necesario y deseable, pero trae algunas consecuencias negativas.

En primer lugar, la escuela y las casas de altos estudios se convirtieron en lugares utilitarios donde las personas extraen lo que les sirve o puede servirles para conseguir trabajo o ganar dinero, mientras muchas veces pierden de vista que esos centros educativos son ámbitos de formación de personas.

Nuestros niños y jóvenes pasan allí la mayor parte del tiempo, tal vez, los mejores años de la vida. ¿Qué recibirán allí? Según el mandato social, lo esperado es que sean exitosos en lo suyo, competitivos, eficientes, que aprendan a manejar las nuevas tecnologías, que sean creativos y sepan adaptarse a las situaciones siempre cambiantes de un mundo globalizado. Si estudian en una universidad de excelencia, donde las empresas van a buscar profesionales jóvenes –cada vez más jóvenes– y talentosos, ingresarán al mundo laboral con excelentes perspectivas y allí se los seguirá capacitando, esperando que sean exitosos, eficientes y competitivos.

Pero nosotros conocemos otros valores en los que también hay que formarse: la solidaridad, la honestidad, el respeto, el cuidado hacia los más pobres, hacia los mayores, la no discriminación, la conciencia social, etcétera. Cabe preguntarse si los centros educativos, confesionales o no, forman para estos valores. Podríamos decir que no. Tampoco las universidades de excelencia parecen preocuparse por esto.

En segundo lugar, otra consecuencia negativa. Alguien podría responder a lo que acabamos de decir y aducir que ahora vuelven a aparecer los temas éticos en los diversos ámbitos de la sociedad. Se cultiva la ética porque se ha comprobado que una comunidad, una empresa, una escuela son más eficientes con valores éticos, son más productivas. Otra vez, una mirada utilitaria. Con esta perspectiva, los valores dejan de ser tales, dejan de ser algo que vale en sí mismo para ser medio para conseguir otra cosa. Dejaron de ser valores y dejaron de atraernos por ellos mismos.

La tercera consecuencia no deseada –al menos por nosotros como Iglesia– es que se mira el saber, que es un valor en sí, con esta misma mirada utilitaria. Ya no se anhela saber porque es bueno, porque, además de servirnos para el trabajo, nos enriquece, nos hace más persona. El saber debe servir para producir, aunque produzca nada más que saber, y para rendir dividendos.

No es este el humanismo que aprendemos en el Evangelio, ni lo que queremos transmitir a nuestros jóvenes. En todo el mundo hay un hueco en este sistema educativo que podemos mirar como una deficiencia o una oportunidad. El mercado laboral nos dice: quiero un individuo exitoso, eficiente, competitivo, etcétera; si desarrolla otras capacidades como la solidaridad o la ética tal vez sea bueno, pero no es mi tema. Ni será el tema de los centros de formación que miren al alumno como un cliente o como un producto.

Pero sí puede ser el tema de la Iglesia y de los educadores cristianos. Para nosotros el planteo es inverso: la solidaridad no se negocia; otras competencias útiles, como el éxito, son relativas.

Aquí se abre la enorme posibilidad para la Iglesia de prestar un servicio a una humanidad hiperdesarrollada en lo técnico pero pobre en lo humano: educar en los valores, en los auténticos valores.

Esta tarea tiene sentido no sólo cuando se trata de un adulto, profesional o no, que vive los valores evangélicos y desde ellos se inserta en la sociedad y en el mundo del trabajo; sino también cuando se educa al niño o al joven que debieran recibir estos valores a lo largo de su escolaridad. Así entendida la educación,

ellos crecen y se forman en un clima de amor, solidaridad, respeto y completan lo que la familia pueda o no pueda darles.

Creo que debemos tener presente estas cosas en una educación para un mundo globalizado, interconectado. Este es nuestro aporte específico.

## **Proyecto cristiano y cultura**

Sobre este tema quisiera recalcar algunas cuestiones ya que me parece propio de la Iglesia.

1. Educar para vivir lo universal en lo particular. Debemos ayudar a que nuestros chicos más pobres no queden fuera de la mesa de la educación. Antes era necesario un pizarrón y una tiza para aprender y tener las mismas posibilidades de conseguir trabajo. Ahora sabemos bien que eso no basta.

Debemos tratar de que todos nuestros chicos tengan posibilidades en la escuela de acceder a las nuevas tecnologías. Pero debemos velar también por otra cosa: que el acceso a estas tecnologías no arrase ni descuide la cultura de nuestros pueblos, el modo de ser y de vivir de nuestra gente.

En el marco de estas premisas estaremos ante dilemas concretos difíciles. Por ejemplo: en una población indígena que carece de lo elemental sería insultante llevar una computadora multimedia. Sabemos que lo deseable es que tengan alimentos y la computadora. Pero más allá de los medios de que se dispongan, siempre es bueno y está en la más honda tradición de la Iglesia el respeto y el cultivo de las propias raíces, el cuidado de la cultura.

2. Educar para un proyecto de vida. Uno de los antivalores de nuestra posmodernidad es el axioma implícito que esta cultura trae consigo y que nos dice que no hay futuro. Sin futuro, no hay proyectos; sin proyectos, no hay sentido para la vida. Esto que afecta a grandes y chicos por igual tiene un especial efecto negativo en los jóvenes.

La juventud es la etapa vital de la inversión y del esfuerzo. Por eso la naturaleza dota a los jóvenes de un particular entusiasmo que los lleva a concebir con vigor la ilusión de que aquello que no se ve hoy se logrará mañana.

Si la cultura los convence de que no hay futuro, no habrá proyecto ni sentido. Frente a esto la Iglesia tiene algo que decir y que hacer. Debe predicar que hay futuro definitivo en Dios y que hay futuro próximo en una existencia humana feliz, vivida con otros y para los otros.

Esta prédica, lo sabemos, debe realizarse más con el ejemplo que con la palabra. Con el ejemplo propio, pero también animándonos a señalar a los Santos como modelos de existencias plenas, realizadas, felices.

Se trata de mostrar la belleza del amor, de la entrega, del servicio. No se trata de entusiasmar a nadie. El corazón humano, sobre todo si es joven, se entusiasma por sí mismo con aquello que vale la pena.

3. Educar para la utopía cristiana, el remedio a la crisis cultural y el nuevo secularismo de corte capitalista. En ese proyecto personal del joven debe insertarse el proyecto de una nueva humanidad, de una nueva sociedad inspirada en la solidaridad. Pablo VI la llamaba “Civilización del Amor”. Hoy deberíamos reformular los términos, pero no los contenidos.

El mismo Jesús nos enseña que siempre existirán pobres y, al mismo tiempo, nos exhorta a remediar su pobreza como un servicio que le hacemos a Él en persona. La sociedad totalmente justa se dará en el Cielo; sin embargo, es un imperativo cristiano luchar contra la injusticia.

Además, la utopía cristiana no sólo es social o comunitaria, sino que en el proyecto personal del cristiano interviene el prójimo como horizonte de sentido de su vida y de su trabajo. La existencia cristiana se mide con el modelo de Cristo, el hombre para los demás.

El nuevo secularismo que se vive en el proyecto capitalista nos invita a todos, y en especial a los jóvenes, a luchar por el propio bienestar y a generar la competencia como modo de mejorar la sociedad. Evidentemente, según este esquema, sobrevivirán los mejores, los más aptos. Pero, ¿y los demás? A Jesucristo, y con Él a la Iglesia, le interesan todos, los más y los menos aptos.

Nuestro proyecto vital es otro. Da sentido a nuestras vidas y creemos y sabemos que puede dárselo a otros.

Esta es sólo una propuesta y una mirada junto a las muchas que podemos tener frente a este problema. Ojalá que la suma de todas nuestras ideas redunde en un futuro mejor para nuestros chicos y jóvenes.

\* Monseñor Jorge Casaretto es presidente de Cáritas Argentina y, desde 1985, Obispo de San Isidro.

En 1976, Pablo VI lo eligió Obispo de Rafaela (provincia de Santa Fe). Fue ordenado en 1977. En 1983 fue nombrado Obispo Coadjutor de San Isidro por Juan Pablo II, cargo que asumió el mismo año.